

## CRUZ.

Otro beso y otro, por cuantos nos debíamos. Y ya tranquilo el corazón, para los dos sueño tranquilo.



## LOS RÉDITOS



## LOS RÉDITOS

---

Baja y estrecha, de corte irregular, era boquete más que puerta la que daba paso desde la tienda al interior obscurísimo, húmedo, oliente á cueva. La luz que llegaba expirante por la puerta vidriera de la tienda, desvaída en lobregueces de callejuelas desamparadas del sol y del aire, al llegar al boquete moría toda, como tragada por invisible dragón monstruoso.

Allí, bajo el dintel mismo, donde la luz moría, se sentaba Juana á coser, y su carita delicada, al recoger los reflejos expirantes de la luz tenue, parecía flor nacida en la claraboya de un calabozo, transportada por

vendavales y arraigada en el cerco para ser alegría y luz de la mazmorra por divina piedad.

Juana era hija única de Doña Rosa, dueña actual del establecimiento, y las dos pasaban la vida sin salir de la tienda: la madre, en el mostrador, con atención activa y diligente á los negocios; la hija, afanada en la costura ó divertida con algún libro de novelas. Hablaban poco una con otra, sin sostener jamás conversación seguida, no por despego ó mal humor; era un silencio afectuoso el suyo en que hallaban calor mil pensamientos de cariño. Entre trato y trato cerrado y partida asentada, volvíase la madre á mirar á la hija como si quisiera decirla con la mirada: ¡Todo por ti, hija mía! Pero Juana, con triste sonrisa, parecía contestar reprendiéndola: ¡Qué mal haces!

De las paredes y del techo colgaban mantones, chales, pañuelos, mantillas, en apretada hilera, confundidos los vivos colores de

bordados, flecos de seda, encajes y madroños; en vitrinas resguardadas por alambres, alhajas esparcidas, algunas destacándose en sus estuches, en todas empolvadas las luces de las piedras, ennegrecido el oro de la montura. Por los rincones fardos de ropa, un enorme montón de colchones, otro de mantas, miseria almacenada.

Solo la mirada de Doña Rosa podía dominar, sin trastornarse, aquel desbarajuste aparente, algo así como alijo de saqueo, ó salvamento de naufragio ó de incendio. Ella solo, de una ojeada llevaba al día, sin acudir al libro, cuenta de las entradas y salidas; que la prenda más insignificante cambiara de puesto, no se escapaba por eso á sus ojos de ave de rapiña, escudriñadores de la presa. En el barrio era una institución el establecimiento de Mercacho: Mercacho era el apellido del fundador, el difunto marido de Doña Rosa. A Doña Rosa no todos la llamaban así en el barrio. Los comerciantes

más viejos de los alrededores la sonreían al pasar y la llamaban Rosita, como á conocida antigua; las mujeres, con menos cariño, en conversaciones particulares y comadreo, la llamaban siempre La Rosa; solo la gente nueva la conocía por Doña Rosa. Era que unos la conocieron moza garrida, al servicio de la primera mujer de Mercacho; la recordaban cesta al brazo, pañuelo á la cabeza, eso sí, con el mismo aire señorial de de ahora, con abanico de concha y plumas en la mano y mantilla de encaje á la cabeza. Otros, recién establecidos en la calle, no se interesaban por ella como los que la vieron subir paso á paso, escalón por escalón (fregándolos uno á uno, decían las vecinas); la veían asomarse rara vez á la puerta, salir de tarde en tarde con su hija, y como Doña Rosa la aceptaron y la conocían, juzgando que, á sus años, maternidad y señorío sentaba muy bien el rotundo Doña.

La fama del caudal de Doña Rosa era

tanta como la de su avaricia. «¡Y vea usted qué cambio!», murmuraban las comadres en sus tertulias portaleras. Cuando la Rosa entró al servicio del matrimonio Mercacho, y después, cuando él, viudo, la confió el manejo de la casa, y cuando, por fin, instada, perseguida con loca pasión por el amo, consintió, entre desdeñosa y resignada, en ser dueña y señora efectiva de todo, contábase que era de corazón tan compasivo, tan blanda y tan sensible para los desgraciados, que era para ella continuado martirio el triste espectáculo que á todas horas ofrecía el establecimiento. La trata despiadada, el regateo al céntimo con los infelices que, al despojarse de la última prenda, se aferraban á ella, defendiéndola por una peseta, un día más de engañar al hambre, era para Rosa insoportable vista. Más de una vez salió de la tienda corriendo desalada en pos de algún desgraciado, y de su pobre salario le socorrió compasiva con toda la efusión de su

alma, ¡del alma, sí!; por cierta corre la historia extraña.

Fué á los pocos meses de su boda cuando bajó una mañana á la tienda. Ni de pasada se detenía en ella; no quería ver ni saber nada de lo que allí ocurría; casi fué cláusula del convenio matrimonial lo de no entender para nada en lo *de abajo*; fueron sus palabras, y lo de abajo significaba, en efecto, para ella algo muy bajo, muy oscuro, muy sucio. Pero aquella mañana Mercacho tuvo que salir sin remedio con el único dependiente, citados los dos á declarar en una causa; por lo forzoso del caso consintió Rosa en bajar á la tienda, pidiendo de todo corazón que no viniera nadie en aquellas horas y que las horas volasen.

La petición de Rosa no fué atendida. Un haz de luz entró de soslayo al entreabrirse apenas la puerta para dar paso angosto á un hombre que dejó sobre el mostrador un hatillo miserable. Lo que Rosa temía, ni

mirarlo quiso; tentada estuvo de echar á correr escaleras arriba.

—¿Me hace usted el favor de ver esto?— suspiró una voz triste, doliente, con humildad de mendigo y dulzura de moribundo.

Rosa alzó la vista, y presurosa, balbuciente—, vuelva usted luego— le dijo—; no está ahora el amo.

El hombre no contestó; volvió á anudar las puntas del pañuelo que envolvía el hatillo, lo recogió bajo el brazo y fué á salir cuando Rosa, antes de que llegase á la puerta, exclamó de improviso—: Espere usted.

Rosa escuchó toda la historia sin alentar, fijos los ojos en los ojos sin lágrimas de aquel hombre. Para contar sin ellas tan triste historia, fuerza era que no quedasen lágrimas en sus ojos. Una madre ciega, impedida; una hermana enferma del pecho, y él, solo, desamparado, entre dos egoísmos de mujeres enfermas, aferradas á él con la desesperación arrastradora del ahogado.

Y comenzó la lucha á los veinte años, cuando murió su hermano mayor, sostén de la familia. Él, solo, hubiera podido intentar empresas, aventuras y marcharse á América, jugarse la vida y ganarla ó perderla, pero ni su vida era suya; con previsora cobardía tuvo que defenderla y guardarla, porque su vida era la de su madre, la de su hermana, desvalidas, inútiles, y al fin cayó rendido, anonadado, herido de muerte en la lucha. Aquella mañana había expirado su hermana; para pagar el entierro había recogido las ropas de la muerta, allí estaban, un envoltorio de harapos, no había más en la casa.

Cuando volvió su marido, Rosa buscó un pretexto para salir, y se fué allá y vió el cuadro por sus propios ojos, y dejó el pan de aquel día asegurado y rezó ante el cadáver, tendido en el suelo, alumbrado por una lamparilla de aceite y lloró abrazada á la triste madre, la pobre anciana de ojos sin

luz, sumida en la noche eterna de sus días negros.

Volvió otro día y otro, y llevó, más que limosna de pan, limosna de amor.

Si Mercacho cayó en la cuenta fué... por las cuentas; á no tener su explicación en números, Mercacho no hubiera dado en la causa de las preocupaciones y tristezas de Rosa; pero la criada fiel le sisaba de señora con descaro inaudito.

¡Qué cuentas las cuentas de la plaza! El señor Mercacho estaba muy ciego por su Rosa; más que mirarla, dijérase que la sorbía con los ojos, aspirando libidinoso la fragante frescura de la moza; pero aquel embróllo de cuentas y aquel acabarse el dinero al mediar del mes y aquel entrar y salir á cualquier hora y volver cabizbaja y no pegar los ojos en toda la noche, era para poner en cuidado á cualquiera, así estuviera tan ciego y tan enamorado como él lo estaba de su Rosa.

La explicación retardada un día y otro por temeroso remordimiento, le pareció entonces á Rosa lo mejor para justificar sus inquietudes, sus tristezas, lo raro y anormal que su marido había observado en ella. Pero al aclarar la situación aclaróse la culpa. Mercacho, ni por un momento iluso, rechazó en conciencia la idea de una paternidad hartos años deseada para lograrse al cabo de ellos. Tremenda fué la escena. Rosa afrontó con altivez los cargos del ofendido esposo; ella misma pronunció la sentencia: saldría para siempre, no había más que hablar, y, arrogante, impasible, apartando á Mercacho con la actitud y con la mirada, salió de la casa, de la tienda, y se fué calle abajo sin vacilar, como si de mucho tiempo tuviera pensado lo que había de hacer cuando llegara el caso.

Y alegre, ligera, corría, desoprimido el corazón, libertado de un peso angustioso; no más cohibiciones, no más miramientos, no más repugnancias; pobre otra vez, pero

libre, libre para ser toda del pobre adorado, del miserable sin amor; para él su vida toda, trabajar para él, ¡qué gustoso trabajo!, padecer por él, ¡qué dulce padecer!

Ni balbucir una palabra pudo al llegar sin aliento á los brazos del triste enamorado; se arrojó en ellos alocada, convulsa, con esa alegría nerviosa, desahogo del miedo, hipo de llanto y risa.

Choque terrible, desmoronador, el de su arranque apasionado contra la serena frialdad del hombre aquel, endurecido en el sufrimiento, encariñado con la tristeza. Nadie sabía mejor que él cuánto costaba sobrellevar una existencia miserable, hora tras hora de luchar sin descanso; lejos, lejos de allí, para salvar siquiera el recuerdo de aquel dulce cariño.

Sin vida quedó Rosa al escucharle; tambaleándose volvió á la calle, esta vez á la ventura, no queriendo pensar siquiera adónde iría, errante horas y horas. El cansancio cor-

poral rindió, por fin, su espíritu; resolvióse el tumulto de pensamientos en uno solo fijo: ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Ya ni sostenerse podía; cuerpo y espíritu cayeron en torpe embotamiento, y la vista turbada, los pies arrastra, sin voluntad, como idiota, llegó á la tienda, y sin una mirada, sin una palabra, fué hacia el rincón más obscuro y cayó en él, rendida, anonadada.

Convaleciente ya, quiso Mercacho imponer su autoridad de señor y dueño, pero Rosa, repuesta, firme, cortó con valentía el discurso. No había más que hablar; tomarlo así ó dejarlo. Se iría para siempre si se hablaba más de lo pasado. Mercacho se tragó una buena mitad de la homilía, y no sin trabajo, según el gesto de atragantado con que retorció la cara convulsa.

El mismo gesto con que á los pocos meses se retorció agonizante, ahogado por una congestión pulmonar. En vísperas de madre quedó Rosa dueña de un respetable caudal

y de un establecimiento en las mejores condiciones para acrecentarlo.

Y desde aquel día, dijérase que también había heredado el espíritu de Mercacho, ó que el ambiente de la tienda informaba el espíritu de los dueños sucesivos. El día se pasaba detrás del mostrador con la chiquilla en brazos, contratando con pasión, con saña, con ferocidad que puso espanto en la parroquia ordinaria y admiración en todo el barrio. Pero los negocios prosperaban, y Rosa, detrás del mostrador, como ave de rapiña en campo de batalla, agrandábase hasta lo simbólico; opresora vengada de la opresión, humillada triunfante á su vez, y á su vez oprimiendo y triunfando sin misericordia.

La hija de sus tristes amores era en la tienda sombría como en el alma de Rosa la única luz y la sola alegría. Cerca de su madre siempre, tenía miradas de compasión para todos los desdichados, y parecía que



todas las tristezas compadecidas por su corazón, al pasar por él, dejaban en su carita de ángel bizantino una caricia de palidez, de muerte.

Insistió Rosa con los médicos por saber la verdad, presentida entre inquietudes y sobresaltos, al atisbo siempre por sorprender en la actitud ó en la expresión de su hija un desfallecimiento, un abandono del espíritu, difíciles de sorprender, porque el espíritu enérgico contrarrestaba los quebrantos de la enfermedad.

Tampoco Rosa desmayó abatida; más bien se rehizo al perder la esperanza y se aprestó á luchar con la muerte día por día. Consultó con médicos afamados y con charlatanes embaucadores; no satisfecha con los remedios probados, exigía que inventaran alguno infalible, maravilloso.

Su hija se moría lentamente, y era el caso que Rosa, dura para la tristeza, traducía el disgusto en mal humor, en rabia, y sin que-

rer se mostraba cruel con su misma hija y despiadada para cuantos llegaban á tratar con ella en aquellos días. Los frecuentadores de la tienda estaban horrorizados; Doña Rosa no se hacía cargo de nada; era imposible tratar con ella, y era verdad, en todo el día no se oía en la tienda otra cosa que altercar en diálogos acalorados por este estilo: «Dé usted alguna cosa más, señora, usted no ha reparado».

—¿Qué quiere usted que yo le haga? No puede ser más; si le conviene á usted lo deja.

Y el altercado acababa entre insultos y lloros, y cada uno era golpe mortal para la pobre niña enferma.

Y á pesar de ello se obstinaba en bajar todos los días, aun en los más fríos del invierno, cuando su madre procuraba por todos los medios que no saliera de su cuarto, que no se levantara de la cama.

Fuera, venteeaba con furia, un resoplido